

La contaminación del Polo

En 1964 Huelva era una provincia agrícola y marinera, con unas importantes minas de piritas de donde se extraía cobre. Estas últimas fueron decisivas para que la instalación de un Polo de Desarrollo fuese adjudicada a Huelva. De ello se ocupó la compañía explotadora de las minas que después se convertiría en Unión Explosivos Río Tinto.

ENCONTRÓ el terreno abonado, con una población obligada a emigrar y cuyo nivel cultural era mínimo. Así, mientras otras provincias españolas se negaban a la implantación de industrias químicas, Huelva le abría los brazos a lo que imaginaba su salvación. Por aquel tiempo, los que preveían el desastre se resignaron diciendo: "Para que no haya nada, mejor esto".

Los esperados puestos de trabajo llegaron —siete mil quinientos en la actualidad—, pero no todos pudieron ser ocupados por onubenses. Estos "onubenses" del 64 no tenían conocimientos suficientes para ocupar los cargos de responsabilidad y todavía en el 74, uno de cada cuatro empleados no había nacido en la provincia. Y así las estadísticas dicen que la emigración aumenta.

Lo que no aumenta es la renta "per cápita", cada vez más alejada de la media nacional. Este desequilibrio tiene su explicación en el abandono de los demás sectores, porque se invierte casi exclusivamente en el químico, que produce una remuneración de capital superior a la del trabajo. Y aquí está el quid de la cuestión: como el capital viene de fuera, la remuneración también va fuera, y Huelva se queda de nuevo "a verlas venir".

Ese picor que reseca la garganta

Pero todo era soportado pacientemente por los onubenses, que intentaban buscarle siempre su parte buena a los humos, cada vez más próximos a la ciudad. Han llegado a montarse cincuenta y siete plantas, entre ellas Titanio, S. A., cuyo montaje había sido rechazado en otras zonas industriales debido a la peligrosidad que entraña. Para que no falte nada, se habla de la instalación de una central nuclear.

Ahora, después de catorce años, se empiezan a denunciar unas situaciones que ya no son soportables.

No es soportable tener la primera fábrica a dos kilómetros en línea recta de la ciudad dedicada a la obtención de ácido sulfúrico. Esta es la primera, pero es que la siguiente está a doscientos metros escasos, y así sucesivamente. Todas quieren aprovechar la ría del Odiel para verter sus desagües.

Este es el segundo punto: el deterioro de la ría. La que en otro tiempo sirvió de zona deportiva única de Huelva, se vio sacrificada a los vertidos de las industrias, impidiéndose así la expansión de la ciudad por esa zona hasta llegar a la desembocadura del Odiel. Los árboles fueron talados y el agua de la ría

no tiene nada que envidiarle a la de su homónima bilbaína.

Pero nada alarmó tanto a la población como la garganta reseca por las mañanas. Ese picorcillo que se siente en pleno centro de la ciudad cuando se respira es lo que quita el sueño a la mayoría de los onubenses, aunque todavía hay algunos que siguen negando la contaminación. El picorcillo fue la muestra más palpable de que algo había en el aire que no debía de ser bueno para la salud.

Para comprobarlo se acudió a los sensores instalados en diferentes puntos de la ciudad. Se descubrió entonces que algunos de ellos llevaban varios meses estropeados —ya funcionan todos— y que sólo registraban datos de dos contaminantes: anhídrido sulfuroso y partículas en suspensión. Esta reducción no permite conocer las demás sustancias que actúan en el aire.

Los niños amarillos

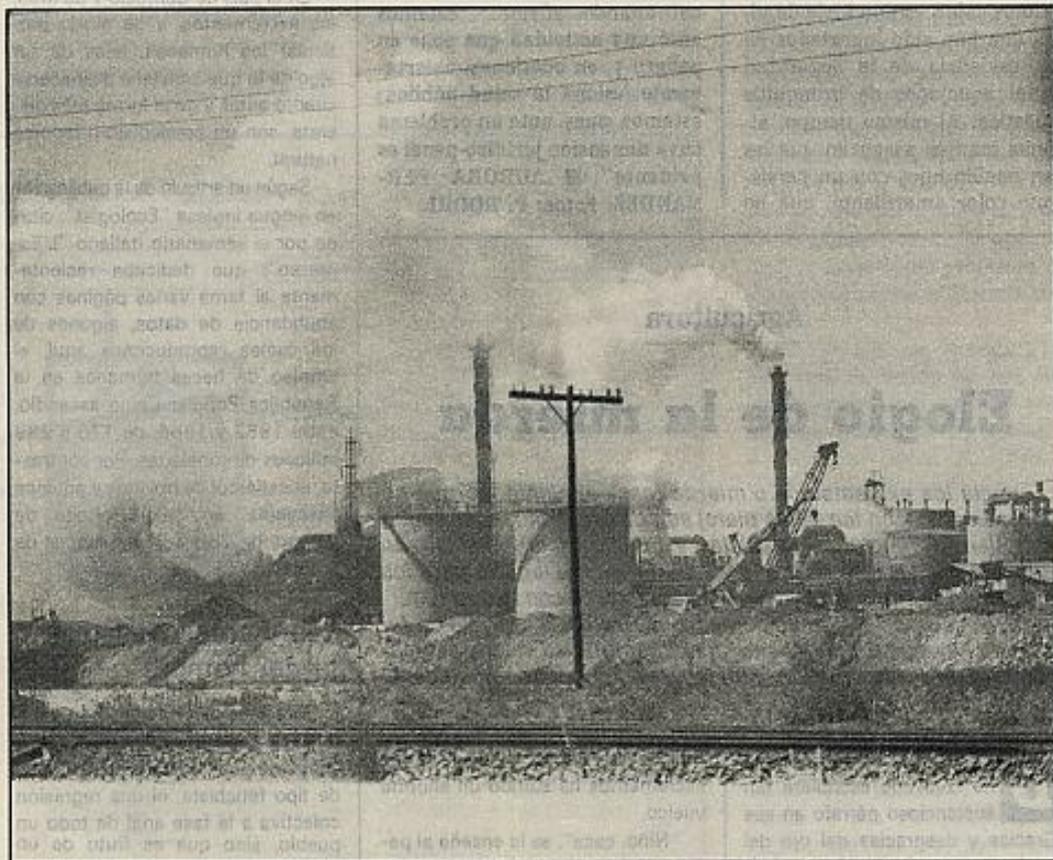
De todas formas, los datos de los sensores sirvieron para demostrar sobre cifras que el índice de tolerancia máxima de SO₂ había sido rebasado ampliamente en varias ocasiones, especialmente durante los primeros me-

ses del año. Teniendo en cuenta que este índice está en 400 microgramos cúbicos, hubo días que se llegó a los 1.067, como, por ejemplo, el 2 de enero de este año.

También en la Memoria del fiscal del Tribunal Supremo correspondiente a 1975 se hace alusión a los datos de los sensores onubenses, como muestra de una situación que el propio fiscal califica de insostenible, palabras literales.

Esta atención especial prestada por el fiscal del Supremo puso en alerta a los responsables de las industrias ya instaladas y trajo la inversión futura. La situación ilegal en que se encuentran casi la totalidad de las plantas que no han instalado los filtros correspondientes hacía temer una fuerte intervención oficial. Pero todo quedó en un susto y el negocio siguió adelante.

Como decían en una carta que algunos ciudadanos dirigieron al alcalde de la ciudad: "¿Tenemos que esperar a que esta situación se agrave hasta el extremo de que sea catastrófica?". Tal como discurren los acontecimientos, la respuesta parece ser afirmativa. No es suficiente con apreciar cómo aumenta el número de bronquíticos y asmáticos para buscar



Las fábricas del Polo de Desarrollo, en plena acción contaminante.



La ría de Huelva, que en otro tiempo sirvió de zona deportiva, hoy vertedero de la industria.

un remedio. Para este fenómeno, como para los ocurridos con anterioridad, también se pueden encontrar excusas y sobre todo explicaciones complicadas que no están a la altura del hombre medio y acaban por tergiversar la realidad.

Sin embargo, a medida que se van atando cabos la realidad se hace más evidente. Uno de estos últimos cabos es una serie de niños que han sido ingresados en la Residencia de la Seguridad Social aquejados de bronquitis espástica. Al mismo tiempo, algunas madres aseguran que les han nacido hijos con un persistente color amarillento, que no

puede determinarse a qué se debe. Estas madres, en un escrito elevado al Ministerio de Obras Públicas, denunciaban estas enfermedades que vienen padeciendo sus hijos y se interrogan acerca de los productos contaminantes que pueden haber causado tal enfermedad.

Llegado a este punto, conviene recordar las palabras del fiscal cuando afirma: "Estamos ante una actividad que pone en peligro y, en ocasiones, abiertamente lesiona la salud pública; estamos, pues, ante un problema cuya dimensión jurídico-penal es evidente". ■ AURORA FERNANDEZ. Fotos: P. RODRI.

Agricultura

Elogio de la mierda

"Hasta los excrementos o mierda (pasa adelante, porque no te empalagues con tan dulce plato) son de provecho, pues según defienden los doctores galenistas y boticarios droguistas, son buenos para desligar Cárdeno y Alberto los del lagarto para los ojos; los de bestias, que llaman los estiércol, es con lo que se fertilizan los campos, y a quien debemos los frutos; la del gato de Al-galla, no hay que probar ni examinar cuánto es su valor y estimación; la mierda del buey, o boñiga, para inmensos remedios es provechosa".

DESDE que don Francisco de Quevedo escribiera tan sustancioso párrafo en sus "Gracias y desgracias del ojo del culo", hasta este civilizado y aséptico siglo veinte en que nos encon-

tramos, la valoración social de los excrementos ha sufrido un enorme vuelco.

"Niño, caca", se le enseña al pequeño, en tono reprobatorio, desde la cuna, intentándose reprimir así la

fascinación que aquél siente por la humeante y blanca materia que sale del interior de su cuerpo y que, según explicó ya Freud, el niño considera como un "primer regalo". Tal fascinación permanecerá, sin embargo, en el dichoso subconsciente y, debidamente sublimada, reaflo-rará en forma de apetencia de ciertos dulces, evocadores por su aspecto de aquella sustancia, declarada tabú, del propio cuerpo.

Incluso la lengua se encargará, por la vía de la metáfora, de resaltar tales paralelismos: tarta, pastel, plasta, etc. Mientras tanto, sin embargo, y de modo inverso, se considera signo de civilización el ocultamiento pudoroso de los productos residuales de la digestión humana: su sustracción a la vista y, en la medida de lo posible, al olfato.

Cuando decimos que ese ocultamiento sistemático es signo de civilización, nos estamos refiriendo, por supuesto, con inevitable etnocentrismo, a nuestra civilización occidental. Porque en el Oriente, y de modo concreto en China, las cosas ocurren de muy diverso modo. Así, una canción popular de aquel país habla del carácter virtuoso de una recién casada, que diariamente lleva las heces, desde su casa al campo, con una pala, sin que le importe en ningún momento ensuciarse los pantalones nuevos.

En el país de Confucio y de Mao, los excrementos, y de modo particular los humanos, lejos de ser algo de lo que conviene deshacerse cuanto antes y de la forma más discreta, son un preciadísimo recurso natural.

Según un artículo de la publicación en lengua inglesa "Ecologist", citado por el semanario italiano "L'Espresso", que dedicaba recientemente al tema varias páginas con abundancia de datos, algunos de los cuales reproducimos aquí, el empleo de heces humanas en la República Popular China ascendió, entre 1952 y 1966, de 176 a 299 millones de toneladas. Por contraste, el estiércol de bovinos y equinos descendía, en igual período de tiempo, de 268 a 257 millones de toneladas.

Las plantas prefieren la del hombre

Esta predilección por la materia fecal del *homo sapiens* no representa ninguna perversión nacional de tipo fetichista, ni una regresión colectiva a la fase anal de todo un pueblo, sino que es fruto de un cálculo racional y científico.

La mierda humana tiene venta-

jas indudables sobre el estiércol porcino: un mayor contenido de nitrógeno, aunque menor de fósforo y potasio, pero su índice de absorción por las plantas es de un 45 por ciento, frente a sólo un 25 por 100 del porcino, y del 20 por 100 en el caso de los excrementos bovinos.

Según Michael McGarry ("Ecologist"), en la populosa Cantón, los desechos del cuerpo humano son recogidos cuidadosamente y distribuidos como abono por las zonas rurales. Son también frecuentes en el campo las letrinas familiares exteriores, y antes de 1949, abundaban, a lo largo de los caminos, las letrinas destinadas a recoger el precioso "óbolo" de los generosos viandantes (1).

Los problemas planteados por la propagación de parásitos intestinales presentes en las heces han sido resueltos en parte gracias a los consejos higiénicos del Gobierno de aquella República Popular.

Justo es reconocer, sin embargo, que también en Occidente ha habido hombres preclaros que se han preocupado de calcular científicamente las respectivas ventajas e inconvenientes de los diversos tipos de excrementos, humanos y animales. Así, Fulco Pratesi cita, en el referido número de "L'Espresso", un manual, fechado en 1866, de su compatriota el ingeniero L. Mazzochi, donde, tras compararse cuantitativamente las heces de distintos animales, incluido el *homo sapiens* (este último produce al año 450 kgs. de residuos, de ellos, 50 sólidos, y el resto, líquidos, frente a los 9.000 del caballo y los 12.000 del buey), se destaca la muy superior calidad del abono humano.

Claro que conviene tener en cuenta, por otra parte, la superior capacidad coprogénica —permítaseme la palabra— de los pueblos primitivos frente a los que llamamos —con falso orgullo, ya lo dijo Lévi-Strauss— "civilizados".

Un médico irlandés —un coprólogo llamado Denis P. Burkitt— ha podido probar pacientemente tal superioridad mediante estadísticas. Así ha averiguado que, mientras que el producto diario del intestino de un campesino tercermundista totaliza 500 gramos de heces blandas, un individuo occidental de vida urbana y sedentaria no produce más de 150 gramos de excrementos sólidos, como resultado de un proceso digestivo que dura normalmente dos veces más que en el caso del campesino. El citado in-

(1) Ver en relación con estos temas la Geopolítica del hombre, de José de Castro.